

Leg 23 cuaderno 1

1757- Leg. 23

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1866 Á 1867

EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL DOCTOR

D. PEDRO DE ALCÁNTARA LLETGET,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FARMACIA.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ M. DUCAZCAL

PLAZUELA DE ISABEL II, 6.

1866.

DISCURSO

del

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios

en el

UNIVERSIDAD CENTRAL

de

D. PEDRO DE SUAREZ VIZCARRA

en el



del

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios

en el

del

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1866 Á 1867

EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL DOCTOR

D. PEDRO DE ALCÁNTARA LLETGET,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FARMACIA.



MADRID :

IMPRESA DE JOSÉ M. DUCAZCAL

PLAZUELA DE ISABEL II, 6.

1866.

HTCA

U/Bc LEG 23-2 n°1757



1>0 0 0 0 6 3 2 8 9 7

UVA. BHSC. LEG 23-2 n°1757

de a la parte superior de la página 13
de la parte superior de la página 13

de la parte superior de la página 13

de la parte superior de la página 13

La obra presenta, como es lógico, un carácter de
científico y no de literario, y en consecuencia
debe ser juzgada en sus propios términos.
El autor, al exponer sus ideas, se ha limitado
a presentar los hechos y a analizarlos con
objetividad, sin caer en exageraciones ni
sentimentalismos. Su lenguaje es claro y
preciso, lo que facilita la comprensión de
los conceptos que expone. En definitiva, se
trata de una obra de gran interés y utilidad
para el lector que desea profundizar en
este campo de la ciencia.

On n'a jamais tout dit sur l'éducation. Et quand on aurait tout dit on n'aurait rien fait encore.

(POULLET, *Disc. sur l'éduc.*)

EXCMO. SR.

DE ese preciado conocimiento que la civilizacion nos proporciona, la nobleza y mayor valía del espíritu respecto de la materia en nuestra compleja naturaleza, procede el cariño que profesamos y la predileccion que concedemos á nuestra parte inmaterial : que fácilmente transigimos con aparecer, á los ojos de los demas hombres, deformes, débiles ó poco cultos en lo que al cuerpo se refiere, y nos anonada la idea, la sospecha nada mas, de que puedan hallarse exiguas ó mal cultivadas nuestras facultades espirituales. Y el temor y la zozobra crecen en proporcion de la mayor importancia, del mas estenso saber del concurso que ha de juzgarlas. Hé ahí, señores, la causa; esa es la esplicacion de que ni aun los varones eminentes, de levantado entendimiento y vasta doctrina, que en este lugar me precedieron, se vieran exentos de tan legitima impresion, cre-

yéndose obligados á reclamar vuestra indulgencia. Si en el ánimo de profesores tan distinguidos estampó su huella la inquietud, ¿cuál no será mi confusion en este momento solemne en que el supremo Gobierno de S. M., las eminencias científicas, literarias y artísticas de la nacion y un público numeroso é ilustrado tienen fija en mi pequeñez su penetrante mirada y esperan mucho mas ciertamente de lo que les podré ofrecer? Y si los sabios se creyeron obligados á recurrir á la hidalguía del Claustro en demanda de su benevolencia, ¿será mucho que la pida yo? ¡Ah! no: yo he de suplicaros mas; yo me veo precisado á reclamar vuestro auxilio para cumplir con el deber ineludible que sobre mí pesa: yo necesito que vuestras egregias inteligencias descendan de la elevada esfera en que habitualmente se mueven como en propia y natural morada á la mas inferior en que únicamente me es dado girar: dignaos bajar hasta mí, ya que yo no pueda elevarme hasta vosotros, que no á todos es fácil respirar en tan etéreas regiones.

Solo así podré dar cima á mi empeño, cuyo cumplimiento dificultan: el recuerdo de las oraciones de aquilatado valor científico y literario leídas en años anteriores; la importancia del primer cuerpo universitario de la nacion, cuya voz llevo en este dia, y la naturaleza especial de la solemnidad que aquí nos reune. Transigiendo forzadamente con aparecer inferior á los que me han precedido y al cuerpo á quien represento, no puedo por otra parte desentenderme, al elegir asunto para mi discurso, de la obligacion en que ponen al orador las exigencias del comun sentir y los preceptos del arte oratoria, que le manda ser ante todo oportuno y fructuoso; pues como ha dicho

el oráculo de la razón y del buen sentido, Lafontaine, vanas son las oraciones fuera de lugar y de propósito.

Dócil á tan sabia regla, fijo la atención en la ceremonia augusta que aquí nos congrega, en la alteza de su fin y en las colosales proporciones de los elementos que concurren á formarla y engrandecerla.

Ni tan solemne como conveniente acto necesita encomio; ni esta Universidad, que tantas y gloriosas tradiciones atesora, admitiria para hacer su historia tan torpe narrador; ni el Gobierno de S. M. y celosísimo Claustro han menester recuerdo ú estímulo, y menos salido de mis labios, para sacrificarse en pro de la enseñanza.

Permitidme, pues, Excmo. Sr., que dirigiéndome á vos y al Claustro que tan dignamente presidís, como el deber lo ordena y la cortesía lo reclama, me ocupe y mis palabras vayan á caer en el corazón y en la inteligencia de esa juventud que acude á nuestras aulas presurosa, y en los de sus padres que aquí nos los envían.

Quedan los últimos mecidos al arrullo de legítimas esperanzas sobre el porvenir de sus hijos; llegan estos con el pecho henchido de nobles aspiraciones, y plausible es la avidez que muestran en beber del raudal de la ciencia y el afán con que cosechan abundante semilla del saber. Justo y oportuno será, Excmo. Sr., que una voz amiga les advierta la imposibilidad de que esos gérmenes den sazonado fruto si el terreno no se abona temprano; que el raudal de la sabiduría ha de pasar por las tupidas mallas de una recta conciencia, para que al salir por nuestra frente transformado en gotas de laborioso su-

dor, caiga, cual benéfico rocío, en el vastísimo campo de la actividad humana.

Oportuno será, pues, discurrir sobre la EDUCACION PRIMARIA COMO SÓLIDA BASE DE LA INSTRUCCION SUPERIOR Y DEL BIEN-ESTAR DE LOS PUEBLOS.

Que la materia es grave, todos lo sentís; que por lo tratada y debatida acaso debiera omitirse, tal vez lo penseis; que por lo poco practicada constantemente exige espresivo encomio, ninguno lo dudais; como en vuestra conciencia á la vez está que mis fuerzas son escasas para desenvolverla con elevacion. Lo sé y acometo la empresa de hablar en asunto tan vasto, porque su interes es constante y universal y su oportunidad notoria; y ante estas elevadas consideraciones mi amor propio y mi egoismo callan, porque el deber me dice: «procura el bien á todo trance.»

La naturaleza, sabia y previsora, quiso que cada una de las especies creadas llevase en sí los elementos necesarios para la plenitud de su existencia, á fin de que todas concurrieran al equilibrio y armonía que por do quiera se percibe y nos asombra en la admirable fábrica del universo.

Siempre consecuente con un plan preconcebido, á cada ser le marcó su destino en esa portentosa concepcion, dotándole de lo indispensable y nada mas que lo indispensable para cumplirle; señalando así la necesidad de que cada uno realice lo

contenido en su naturaleza, para conseguir su relativa perfectibilidad y corresponder á los fines del Creador: tal es la ley.

Los seres inorgánicos, sometiéndose pasivos á las leyes que los rigen, llenan su mision en el universo; como la cumplen tambien de un modo fatal los seres organizados insensibles y los sensibles irracionales, funcionando en el círculo de su inmovilidad los unos y de su instinto los otros, y consiguiendo todos necesariamente su perfeccion respectiva.

El hombre, ser privilegiado por la Providencia entre todos los de la creacion, es el único que, girando en la dilatada esfera de su libre albedrío, es dueño de contrariar, torcer ó secundar las miras de la naturaleza en lo relativo á su destino, que es el bien, al que se acercará cultivando su ser por el ejercicio de sus múltiples facultades para alcanzar la perfectibilidad de que es susceptible. El estado de cultura y civilizacion es, pues, el natural del hombre, por mas que el filósofo ginebrino creyera lo contrario, confundiendo las ideas y en alas de su fogosa imaginacion.

No es ya en nosotros una facultad, sino un deber, el cultivo de los diversos principios de nuestra naturaleza, tanto activos como especulativos, llevándolos á la mayor perfeccion de que sean susceptibles ¹ ó desenvolver en cada individuo toda la perfeccion de que sea capaz. (Kant.) Hé ahí, Señores, el objeto de la educacion ¡palabra de significado inmenso, cuya importancia todos sentimos instintivamente, cuyo alcance y

¹ Definicion de la educacion, sacada de los *Elementos de filosofia* de Stewart, y consignada por Isabel Hamilton en su primera carta sobre los principios elementales de la educacion.

trascendencia no todos comprendemos! Palabra simbolo de una idea que, llevada al terreno de los hechos, constituye la ocupacion de toda la vida; es una tarea que emprendemos en la cuna y terminamos en el sepulcro.

Con relacion á los diversos períodos de nuestra existencia, en esos primeros años que pasamos mecidos al arrullo del amor materno y bajo el dulce y suave influjo de la paterna autoridad, nuestras facultades se despiertan y habitúan á marchar en determinado sentido; aprenden á conducirse; en una palabra, se educan; siendo este el verdadero período de la *educacion*. En él todavía y en los que le siguen de la infancia y adolescencia, nuestro ser se apodera primero de la clave, de los elementos despues, y mas tarde del saber en cualquiera de los ramos de los conocimientos humanos; acaudalamos ciencia; nos instruimos: hé ahí el período de la *instruccion*. Hasta que en plena virilidad y armados para el combate nos lanzamos en medio del mundo, en el que luchan tan encontrados intereses, y poniendo en juego nuestra actividad recibimos prácticas y provechosas, si bien á veces amargas lecciones, con las que formamos el caudal de nuestra *esperiencia*. Educacion, instruccion y esperiencia: fases de la vida del hombre en el sentido reflejo del desenvolvimiento de su ser.

Considerada la educacion relativamente á nuestras facultades, el hombre es susceptible de la *fisica*, la *moral* y la *intelectual*. Educaciones que armónicamente han de marchar para producir el ser completo, el hombre en la plenitud de su naturaleza, correspondiendo á los altos destinos que al Eterno en su bondad y sabiduría infinitas le plugo señalarle. Suprimid

cualquiera de ellas y mutilais al hombre. Desarrollad exclusivamente la educacion física, y como dice con razon Aimé Martin, ¹ tendreis al hombre cruel como una fiera ó bárbaro como un salvaje; educad solo su corazon, y podrá parar en supersticioso ó fanático: dadle solo ciencia, y le hareis pedante y vano. Poco he dicho aun, y ya se alcanza la magnitud de esa idea que á nuestra mente de pronto se ofrece reducida á los estrechos limites de una cuna en el retiro del hogar doméstico, y en la mente del filósofo aparece grande y disponiendo de los destinos de los pueblos, porque, como ha dicho Kant, *detras de la educacion se oculta el misterio de la perfeccion y de la dicha de la humanidad*. Miremos, pues, con el mayor interes poniendo el mas solícito esmero en enriquecer y encauzar esas fuentes de vida que constituyen nuestro ser, cultivando cada uno de sus elementos donde y por quien convenga.

Varía la naturaleza del hombre, y diferentes y aun opuestas las aspiraciones y necesidades de su ser, así como las facultades que para satisfacerlas posee, varios por necesidad serán tambien los tiempos, lugares y medios apropiados para despertar y dirigir esos mismos principios de accion. Imperiosas é incesantes las exigencias orgánicas y poco menos las afectivas, piden inmediata, asídua y discreta satisfaccion. Incapaces por nuestra debilidad é ignorancia de llenar esas necesidades en los primeros tiempos de nuestra existencia, otros han de encargarse de tan árdua y meritoria tarea. Por fortuna, si nacemos débiles y desnudos, al entrar en el mundo quedamos ligados por dulces

¹ *Educ. de Meres de famille*, t. I, p. 118.

lazos á los que nos dieron el ser. Ellos son los que pueden, los que deben y tienen derecho á cuidarnos y dirigirnos. Allí; en el seno de la familia está señalado el lugar á la educacion física y moral por la conveniencia y la justicia. Los padres, causa próxima de la existencia de sus hijos, tienen el deber de educarlos y entregárselos á la sociedad viables así en lo físico como en lo moral. ¿Y quién les negará el derecho que de ese mismo deber nace, de conducirlos por sí, disponiendo de ellos hasta cierto punto? ¡Ni quién pudiera inspirarles y dirigirles con mas amor, con mas paciencia y abnegacion que los directamente interesados en su porvenir! ¿Quién con mas elementos que los padres para hacer brotar en el corazon de la infancia los instintos grandes y generosos, que propios de nuestra noble naturaleza, como los gérmenes latentes en las plantas, yacen dormidos en el fondo de nuestra alma! Por el triple lazo físico, afectivo y de razon, que une el hijo á sus padres, á estos corresponde educarle y deben hacerlo por sí. Asi se reconoce hoy, perdonando á Platon el inconcebible estravio de opinar en sentido contrario.

Ya comprendereis, Señores, que no será mi ánimo detenerme en lo relativo á la educacion física, tan bien entendida y practicada en el dia, ora por lo que la filosofia sensualista del pasado siglo estudió los órganos y sus necesidades, ya por lo divulgada que se halla la higiene.

Y asaz ha ganado en ello el cultivo del espíritu, porque siendo el bien ordenado desarrollo del físico, elemento indispensable para el libre juego de las facultades intelectuales, así los padres pueden desplegar su actividad sobre robusta base

para la educacion moral de los hijos, concurriendo cada uno en la parte y sentido que respectivamente les corresponda á tan sagrada y dificeil mision.

Investido de la autoridad en la familia, el padre manda, persuade y dirige con su fortaleza de espiritu é ilustrado criterio: el esquisito sentimiento, el atractivo é inagotable ternura de la madre la llevan á inspirar, condescender y perdonar: aquel introduce en el alma del hijo la idea de la regla social y del deber, enseñándole á seguir la primera y á respetar el segundo: esta, suavizando la accion de la autoridad paterna, llama con su dulce afecto al camino de la virtud y hace así amar el deber: ambos con su ejemplo edifican al que educan.

Mas ¡ah! que si este bello cuadro de los deberes respectivos de los padres es cierto en principio, recibe modificacion en el terreno de los hechos, porque la vida del hombre no se concentra y limita á la familia; la sociedad, la posicion, sus intereses le llaman al exterior del hogar, al mundo de los negocios, viéndose imposibilitado de llenar sus funciones en la educacion de sus hijos, y limitándose á moralizar con el ejemplo y á intervenir y disponer en circunstancias extraordinarias. Hé ahí la causa de que sus deberes en la educacion se distribuyan entre la madre, que á la vez de inspirar, manda y en lo posible ilustra, y el maestro, que instruye y cuya mision tiene así noble origen. Y si bien de este modo una parte de los cuidados que la infancia exige recae en el profesor de instruccion primaria, ¡cuán grande no es la confiada á la madre de familia, que no solo ha de inspirar, sino tambien persuadir y mandar!

¡Y qué de dotes no serán indispensables para el desempeño de misión tan importante y espinosa!

Aquí surge, señores, grande, árduo y trascendental, el tantas veces formulado problema de la educación de la mujer. Grande y trascendental he dicho, y esos calificativos, á pesar de su aparente exageración, no espresan en toda su verdad la importancia del primer punto que debe ventilarse, de la primera necesidad que ha de satisfacerse para la reforma de la familia y por lo tanto de la sociedad: la educación de la mujer.

El mundo no es un mito, no es un fantasma, ha dicho un varón virtuoso y eminente,¹ sino el conjunto ú agregado de las familias, y en él han de manifestarse abultados los defectos ó perfecciones, los vicios ó virtudes que aquellos entrañen. Y ¿quién duda que esas cualidades serán la necesaria consecuencia de la ilustración ó ignorancia, de la pureza ó perversión de la mujer en su doble carácter de esposa y madre? En el seno de la familia es en realidad un centro del cual irradian el bien ó el mal, la verdad ó el error, que van á grabarse de un modo indeleble en el tierno corazón y en la naciente inteligencia de los hijos. Ni sus condiciones naturales, ni la organización social de ningún pueblo, la llevan generalmente á la vida exterior y activa de los negocios, viéndose así y por fortuna fuera del juego de la política y libre de nuestras funestas pasiones. Tranquila y pura en el hogar doméstico, su influjo es naturalmente benéfico; y obrando sin tregua, á todas horas, á cada instante, llegan á ser sus sentimientos, inclinaciones,

¹ Fenelon, *De l'éducation des filles*, pág. 2.

ideas y costumbres, los sentimientos, inclinaciones, ideas y costumbres de sus hijos. ¡Con cuánta razón ha dicho, pues, Sheridan, que *con la mujer la naturaleza escribe en el corazón del hombre*; y Napoleon, que *el porvenir de un niño es siempre la obra de su madre!*¹

Sí, que en la primera edad se originan las ideas, se estimulan los sentimientos y arraigan las inclinaciones que mas tarde han de formar el carácter del hombre; y todo lo superficial, todo lo frívolo, disimulado y artero, ó lo profundo, severo, franco y recto del carácter de su madre, trasmitiéndose por la educacion á la naturaleza del hijo, vendrá á constituir el fondo de su ser moral, la pauta de todos sus actos, y la gloria ó el torcedor de su vida futura.

Los males que afligen á las sociedades, los desaciertos que cometen los pueblos, su ignorancia ó su marasmo, obras de la mujer son en gran parte: su carácter se refleja en el de su nacion.

Si registráis la historia, vereis marchar unisonas esas dos mitades de la humanidad; y la altura que alcance la posicion social de la mujer, cual exacto barómetro os dirá el estado de cultura y dignidad del hombre su compañero.² Y es que rei-

¹ *Memorias de Lord Byron*, tomo I, pág. 393.

² Las mujeres son bestias de carga entre los salvajes; animales domésticos en los pueblos bárbaros; alternativamente déspotas ó víctimas en los entregados á la frivolidad ó á la vanidad. Solo en los países en que reina la libertad y la razón son felices compañeras de un amigo libremente elegido, y madres respetadas de una familia tierna educada por sus cuidados. (*Comentario sobre el espíritu de las leyes*, por M. de Tracy, lib. VII, cap. vii.)

nan soberanas absolutas, mejor déspotas, sin leyes que las coarten, y deciden de las costumbres de los pueblos: libres ó esclavas, nos dominan y subyugan con la fuerza que las dan nuestras pasiones. ¡Cuán interesados estamos, pues, en moderar y dirigir ese influjo que la naturaleza las concede, apreciándolas cual se merecen, ya que cualquiera que fuere su posicion han de hacer de nosotros lo que ellas sean! Ensalzarlas é ilustrarlas, para ensalzarnos é ilustrarnos, hé ahí nuestro deber y nuestro interes, y así dará saludable fruto esa ley que exige la degradacion del hombre que rebaja á la mujer, y la mejora del que la eleva y considera. Ley que se cumple con entera independendencia de tiempos y lugares; que en medio de la civilizacion que alcanza la época actual ofrece al hombre de Oriente, débil y corrompido por los halagos y placeres de la mujer inhumanamente vendida, por la sensualidad comprada y abyecta en el harem, y al hombre de Occidente, culto, fuerte y digno con la esposa elegida por el corazon, que se enalteció ante el altar y es venerada en la familia. Sí, que los pueblos, ó se embrutecen y degradan en sus brazos, ó se ilustran y engrandecen á sus pies.

Que el Oriente conceda á la mujer la posicion que en el cuerpo social el Occidente la señala, y que toda la humanidad se apresure á facilitarla lo que su naturaleza reclama, lo que tiene derecho á exigir; pasto á su entendimiento, luz á su conciencia, y el hombre habrá entrado en el camino de su regeneracion.

Si nadie la niega ya los atributos que á nuestro espíritu distinguen, ¿con qué derecho y bajo qué especioso pretesto podrá

el hombre dejarlos permanecer pasivos? Seamos justos, pues, y démosla para su razon alimento, luz para su conciencia, y regla para su albedrío. ¹

Desechemos el pueril temor de ver estrellarse infructuosos, cual embravecida ola sobre inmóvil roca, los esfuerzos de una seria educacion dirigida á cultivar la que algunos llaman pobre é ingrata naturaleza de la mujer; que con nosotros participa de las dotes concedidas por el Hacedor á los seres que quiso animar con ese divino soplo que reclama el progreso porque espera la inmortalidad.

Y si en esa hermosa mitad del género humano las facultades físicas son mas débiles y las espirituales gozan de menos estension, perseverancia y rectitud que en el hombre, ese mismo defecto será motivo que reclame auxilio perentorio é ineludible.

¹ La verdad es la ley del alma, y nunca la supresion de las leyes naturales produce otro efecto que la opresion ó la licencia. (M. Remusat, *Ensayo sobre la educacion de las mujeres*, páginas 112 y 113.)

El hombre y la mujer tienen la misma alma y el mismo destino moral; igual cuenta habrán de dar del uso de sus facultades, y es bárbaro en el hombre y un oprobio en la mujer degradar en sí las dotes que de Dios recibieron. ¿No deben saber las mujeres su religion si quieren seguirla y practicarla como seres inteligentes y libres? Y siéndoles no solo permitida sino impuesta la instruccion religiosa, ¿qué clase de instruccion, decidme, podrá parecer escesiva para ellas? Aun hay mas: ó la mujer ha sido creada para compañera del hombre, ó es una contradiccion inicua y absurda prohibirla los conocimientos necesarios para entrar en relacion espiritual con aquel cuyo destino ha de seguir, cuyos trabajos ha de comprender al menos, cuyas luchas y sufrimientos ha de sentir para endulzarlos. Dejémosla cultivar su entendimiento y su alma por toda suerte de bellos conocimientos y nobles estudios, con tal que guarde inviolablemente la ley suprema de su sexo; el pudor. (Vic. Coussin, Jacqueline Pascal, pág 3.)

A ese fin, á la vez que al de dirigir y utilizar su perspicacia, abnegacion y valor pasivo, rasgos en los que su naturaleza aventaja á la nuestra, su educacion no debe diferir esencialmente de la que á nosotros nos conviene, por lo menos en lo relativo á los principios. «Dispóngasela desde los primeros momentos para una vida sólida y activa, sin apagar el fuego de su fantasía ni cohibir su gracia y su viveza; dése á su entendimiento la nocion de lo bello, procurando evitar que caiga en una ridicula pedantería ó en peligrosa exaltacion; edúquesela en la familia y para la familia, sin que permanezca ajena á las conveniencias y elegancia del mundo, y se habrán llenado las condiciones de su educacion.»¹ «El hábito de reflexionar y la facultad de sentir con delicadeza :»² hé ahí los dos fines que deben procurarse.

Consigamos, Señores, que mire esa belleza que tanto la engríe como un don especial que impone obligaciones y exige dignidad y pureza en el alma : que el gusto y no el ostentoso aparato reine en su atavío : que su inteligencia adune á sólidos conocimientos rectitud en el discurso; su palabra fluidez y verdad; nobleza y moderacion su conducta.

Así, en plazo no lejano, veremos surgir la jóven ilustrada, modesta y pudorosa, sumisa, expansiva, oportuna y diligente: boceto, en fin, que el tiempo y la esperiencia, con su asiduo y severo pincel, han de trasformar en admirable lienzo, en el que seguramente brillarán; la prudente y digna correspondencia

¹ Janet, *La famille*, pág. 181.

² Idem, pág. 197.

conyugal, la acertada laboriosidad, previsora solicitud y discreta economía unida al meritorio ejercicio de la beneficencia y la caridad, la heroica abnegacion, noble y elevada conducta, vigor y perseverancia, en fin, en la práctica del bien, admirablemente hermanados con la prudencia é ilustracion en el juicio y la dulzura en la palabra.

Tal es en mi concepto la mujer que las necesidades sociales reclaman: que exige la naturaleza del hombre para entrar desde el momento en que nace en la senda que ha de conducirle á su noble destino.

Para dar cima á tan árdua y meritoria empresa, ademas de todas las cualidades que la educacion puede comunicar á la mujer, cuenta con un enérgico motor, que puesto por el Supremo Ser en su generoso corazon y usado con la inteligente destreza que á su sexo caracteriza, ha de obrar incalculables bienes; ¡el amor de madre! : ese afecto, único que no tiene por móvil el placer, antes bien brota instintivo en el dolor, se nutre en las penalidades, y brilla puro y sin fin durante toda una existencia, para subir envuelto en el aliento postrero y acompañado de sus sacrificios á la divina fuente de que emana: amor que tanto la enaltece al imponerla el deber y darla los medios de proporcionar á sus hijos sobre la vida material la del sentimiento; esa segunda existencia que á tanta altura coloca al hombre!

¡A sus hijos! cuya alma debe educar desarrollando y nutriendo puro ese afecto, que segun un autor «empuña las riendas del imperio del universo, emite purísima luz que disipa las tinieblas del cáos y cuya voz resuena en la naturaleza entera:»

esa ley del mundo que se cumple en todo lo creado, así en lo grande, como en lo pequeño, en el orden físico y en el moral, y que ora la llamamos afinidad, ya atracción, fuerza generatriz, ó simpatía según la esfera de su acción y sus efectos, domina, cambia, transforma y vivifica la materia, enlaza esos mundos que flotan en el espacio y diviniza el espíritu: ¡el amor! ley que ciega, necesaria é irresistible en la planta, impura en el animal, solamente en el hombre es un sentimiento fuerte y sublime que ligado á lo más misterioso que nuestro ser entraña nos arrastra á lo bello y á lo infinito.

El amor bien ordenado es origen de la felicidad, pues sencillo y aun humilde en sus aspiraciones desconoce la ambición, desprecia las riquezas y contento en la medianía nos conduce por el camino de la virtud: ese es el talisman que ha de transformar el mundo regenerando la sociedad.

Ese móvil poderoso, delicado afecto del alma; ley de la naturaleza, robusto cimiento y esplendente cúpula de la religión cristiana, encierra el secreto de una sabia educación: en el amor, por el amor y para el amor, ha de dirigirse el presente y prepararse el porvenir de la infancia. Sin él todos los esfuerzos serán infructuosos, incompletos los medios, insoportables las fatigas y penalidades que á la educación acompañan. Actividad, prudencia, ilustración, virtudes, cuidados y sacrificios, nada es bastante; todas esas cualidades son secundarias, incompletas y débiles, si el amor, primer elemento en la educación, no las preside, las completa y las fortalece. Por fortuna, como antes decíamos, el afecto, el cariño, la ternura, son innatos en la madre, cuyo pecho es un foco de inextinguible amor.

Mas oportuno es por lo tanto recordarles que si ese afecto debe ser el primero y presidir á los demas que concurren á la educacion, el amor no es la debilidad, la bajeza, la inaccion, el abandono, y mucho menos un delirante frenesí: que la infancia es caprichosa y aérea, y abandonada se vicia y se disipa: que el niño es blanda cera, y fácilmente se derrite al excesivo calor del seno maternal.

Amor inmenso, incesante, pero discreto, ha de emplearse para desarrollar en la infancia esos gérmenes de vida que el Hacedor puso en el hombre para hacerle rey de la 'creacion, dueño de sí mismo y capaz de admirarle y bendecirle.

Que desde los mas tiernos años se procure despertar y dirigir en el niño ese ser espiritual que en el hombre existe, esa naturaleza superior, destinada á regularizar y ennoblecer nuestra marcha sobre la tierra: á buscar y descubrir la verdad universal y eterna, cuya sola aspiracion nos engrandece, nos consuela é ilumina para comprenderlo todo. Estimular y favorecer ese movimiento fortificando las facultades espirituales, para que los apetitos sensuales no nos subyuguen; ese es el fin de la educacion moral.

¡Educacion moral! Al meditar sobre esta frase; cuando nos apoderamos de la idea que representa, y la vemos grande, ilimitada en su influjo sobre la felicidad humana, trascendental en su esencia, el ánimo se aflige, la mente se sorprende de que se la dé tan poca importancia en el terreno de la práctica. ¿Por qué así, nos preguntamos, cuando es la que ha de desarrollar y conducir los elementos del alma, de esa emanacion divina, sello impreso á nuestra especie, que forma el noble carácter de la

humanidad, y sutil sentido nos eleva hasta el trono del Señor?

¡Ah! Porque si las sociedades modernas han comprendido cuánto importa el espíritu, nos cuesta prescindir de lo que hiere nuestros sentidos, de lo que halaga nuestras pasiones, y solo vemos el bien en el goce material, en ese goce bastardo que muchas veces nos extravía.

Urge, pues, poner en juego todos los medios para desarrollar en la infancia el sentimiento del bien que inclina al hombre á restringir su libre albedrío, imponiéndose de tal modo un límite á sus inmoderados deseos, para hacerse digno de la felicidad y cumplir las leyes morales.

Y estimúlese y diríjase además ese otro sentimiento que nos hace aspirar al goce de un tipo de belleza inmutable y eterna, de cuya existencia no se puede dudar, que en vano buscamos en la tierra, por lo que fatigados de la inutilidad de nuestras pesquisas salimos de lo finito, gozándonos en la contemplación de ese mundo cuya imagen reposa velada en el fondo del alma.

Enseñadla que todo lo de aquí es perecedero, y cuando pasa únicamente nos queda la esperanza ¡la esperanza! En ella reside nuestra grandeza y estriba nuestra ventura, porque nos dice que fuera de lo terreno existe la satisfacción de nuestras constantes aspiraciones. Así se despertará el sentimiento de lo infinito, haciéndonos gozar con la idea de la existencia de un Ser dispensador de todo bien. ¡Dulce bálsamo que nos consuela del tedio que el alma siente al encontrar perecederas las alegrías terrestres, mezquinas las humanas pasiones, solo grande Dios, nuestra esperanza, nuestra completa satisfacción!

Hé ahí la fe, necesaria valla para que al estimular en la

infancia el sentimiento de lo verdadero, dulce afecto hácia las decisiones de la razon que pesa, discute y elige, esta no pase los límites de su imperio y llegue á la posesion de la verdad que puede alcanzar.

De las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, surge la conciencia moral; y enérgica aboga la causa de la verdad, los fueros de la justicia. Abandonada á sí misma es luz vaga é incierta, insuficiente para marchar con desembarazo por el camino de la virtud. Sostenida por la fe é iluminada por la razon, sigue su derrotero serena é indeclinable, sin miramiento á ninguna influencia social, facilitando nuestra peregrinacion en la tierra y preparando nuestro porvenir eterno.

¡Dichoso el hombre si la conciencia, la fe y la razon marchasen siempre enlazadas, y seguros guias jamas le abandonarán!

A conseguirlo deben dirigirse los esfuerzos de los encargados de la educacion de la infancia, apoderándose de todos esos elementos desde muy temprano. Desde el momento en que vaga por el semblante del niño la primer sonrisa, fausto suceso para los padres, bagatela para el estraño, y para el filósofo tibia y delicada luz de la áurora de una alma racional, signo del sentimiento, cuyos mas finos y delicados matices algun dia servirá para espresar; y ese bello lenguaje se complete con el acto mas nimio, indicio de la voluntad, debe verse ya la persona en el tierno ser y dispensar á su espiritu los mas asiduos y escrupulosos cuidados, si no ha de estraviarse. Muéstresele pronto la buena senda para que se habitúe á marchar por ella. Que si el objeto de la educacion es evitar que surjan las aviesas pasiones,

impidiendo el vicio y procurando la virtud, no se olvide que aquellas no nos subyugan en un dia y que obliga salir cuanto antes á su paso para evitar que aparezca el vicio ó hábito de obrar apasionadamente. ¡Con cuánta verdad está pintada la marcha de la pasion por un místico desconocido, quien la traza así: «*Nunc primum occurrit simplex cogitatio, deinde fortis imaginatio, postea delectatio, et motus pravus, denique assensio.*» Y ¿qué remedio, Señores? Vigilar al principio, que si nos dormimos entra el letargo, la voluntad se extravía y el enemigo nos avasalla.

Ved cuánto importa apresurarse á depositar en el corazon de la infancia los gérmenes de ventura, acostumbrándola á distinguir el bien del mal y lo justo de lo injusto y á obedecer contenta las prescripciones de la moral y la justicia.

Y sobre todo, que la piedad de una madre desarrolle en el alma de su hijo el sentimiento de lo bello y de lo infinito, y alimente esa necesidad de creer que naturalmente sentimos, enseñándole á orar al Ser Supremo, aun cuando su labio inseguro y balbuciente no acierte á pronunciar palabras de amor cuyo sentido mas tarde alcanzará. Sí, que en este punto, como en todos los de la educacion doméstica, interesa comenzar en la tierna edad, dirigiendo la voluntad y creando las costumbres, que despues recibirán la luz de la inteligencia.

Nuestra religion ofrece dos aspectos : uno severo, augusto, solemne; otro dulce, tierno y afectuoso; bajo aquel habla á la cabeza, instruyéndonos; bajo este se dirige al corazon, educándole. Cualquiera que sea, pues, el estado de la inteligencia, impréguese este, por la piedad de una madre y envuelto en la

pura y tranquila atmósfera de la familia, en la bondad de Dios, su amor por las criaturas, la belleza del universo, la solicitud de la Providencia, los arcanos de la clemencia divina, las ocultas afinidades de Dios y del alma humana; y déjese á la instruccion pública el cuidado de grabar en nuestra mente la idea de la existencia de Dios, su eternidad, su inmensidad, su sabiduría, la rectitud de sus juicios, la grandeza de la creacion: que el profesor enseñe á comprender lo que de austero é imponente hay en la idea de Dios; que la madre inspire lo que esa idea encierra de consolador y dulce para el alma: el uno procure la obligacion y el respeto; acostumbre la segunda á la confianza y la esperanza: grave el maestro la augusta idea de Dios en la frente del niño; y de sus labios haga la madre fluir sentida y fervorosa oracion...!

Sí, Señores, que como dice un filósofo ¹ tan acertada como poéticamente, «no se trata solo de instruir una inteligencia, sino de desarrollar un alma: alma que la madre conoce, sabe dónde dirigir sus lecciones. Otros dotarán al buque de velas y aparejos: ella solo se ocupa del piloto, le asienta al timon, le provee de brújula, y antes de lanzarle en el océano del mundo le muestra en el cielo la estrella que debe conducirle.»

Y tan delicada mision, ¿cómo la desempeñará? Tan alto fin, ¿cómo podrá conseguirse? ¿Cómo inspirar el bien y la piedad, cómo someter á la regla y al deber á ese rudimento de hombre, á esa criatura viva, ligera, inconstante, rica y poderosa, tan rebelde al análisis del filósofo como inquieta para el pincel del

¹ Aimé Martin, *Educ. de Meres de famille*, t. I, p. 89.

retratista? ¿Imperará inexorable la autoridad? ¿Será dueña del campo una libertad omnimoda?

Pasó por fortuna el tiempo en que los padres para conservar su poder ocultaban su ternura, y coléricos, siempre estaban prontos á castigar. ¡Triste papel representado para imponer respeto, y que solo conseguia desecar el corazon! Con aire altivo, rostro ceñudo, afectado continente, siempre riñendo, siempre mal humorados, aquellos padres no compartian con sus hijos su sociedad, ni sus riquezas ni placeres. Posicion violenta, conducta hipócrita, tan perniciosa para los padres como para los hijos, porque aquellos no disfrutaban de los primeros afectos, de los primeros pensamientos de estos; ninguna intimidad ni expansion para un alma naciente que pide ternura y aspira á la verdad. ¡El amor suplantado por el silencio, la violencia y los castigos! ¡Cuánto error y crueldad!

Usad de tal sistema, y podreis obtener por resultado la ira y la rebelion si por acaso dierais con una alma viva y enérgica; ó si con una dócil y apacible, tal vez vuestros frutos fueran la estupidez, el idiotismo, ó lo que es casi tan malo, la hipocresía.

Ese es, á no dudarlo, el origen de que por esa ley de las reacciones, que rara vez deja de cumplirse, hoy la balanza se incline al lado contrario. ¡Y males no menos profundos se originan asi! Abandonad la infancia á su albedrio, y ciega se precipitará en brazos del mal; y la impiedad, el odio ó la indiferencia, la soberbia, el egoismo y el tedio, levantarán orgullosos sus repugnantes cabezas.

Ya comprendereis, Señores, por lo dicho, que entre todos los sistemas de educacion posibles, damos la preferencia al que

se funda en la autoridad y la libertad discretamente combinadas.

No os atormente el temor de ver alzarse la pasión y la injusticia abogando ciegas en pro de la autoridad ó la libertad cuando procuremos conciliarlas; que el problema para su resolución no debe plantearse en sus términos abstractos, poniéndolas una enfrente de otra para ver dónde termina la autoridad y dónde empieza la libertad, sino observando cómo se adunan y se asocian en el pormenor de los actos y en el movimiento de la vida: nada de fórmulas, aprecio estricto del sentimiento recto y activo del deber: que la *letra mata y el espíritu vivifica*.

Ved si no cuán conveniente es dejar que activa se muestre esa libertad natural, esa franca expansión de las fuerzas espontáneas tal vez algo peligrosas, y que son, no obstante, instrumentos ó resortes necesarios para la vida.

Mas liberos el cielo de que por indiferencia llegue esa libertad á tocar los límites del abandono. El principio de dejar hacer, de dejar pasar, es inadmisibile en educación; que la educación es un arte, y como todos supone elección, y el que elige separa.

Esa libertad irreflexiva debe ir desapareciendo á medida que la razón dilate sus dominios, como las tinieblas huyen cuando aparece la luz, para que impere la libertad razonable del hombre que se gobierna por sí con arreglo á ciertos principios.

Penalidades sin cuento experimentan los padres hasta obtener ese resultado, por la imposibilidad de presentar siempre á la infancia la razón acompañada de atractivos, haciendo agradable constantemente el cumplimiento del deber, como Fenelon, Montaigne y otros han pretendido para facilitar á los padres su ingrata tarea.

Es imposible que el hombre en ninguna de las épocas de su vida llene sus deberes con gusto y sin imponerse sacrificios; y si alguno lo consigue ¡cuánto tiempo no le cuesta! Disimulando ú eludiendo la razon á la infancia no se la dispone para someterse en lo sucesivo al yugo de los deberes, que es el objeto principal de la educacion.

El cumplimiento del deber tiene que ir en muchas ocasiones acompañado de formas desagradables, durante la primera edad; que la inteligencia es escasa, para que la conviccion preceda al acto, y no debe tampoco limitarse el que educa á que el niño cumpla solo con aquellas obligaciones cuyo motivo alcance su naciente inteligencia, porque tal conducta equivaldria á renunciar á toda educacion.

Esta exige que la infancia, cualquiera que sea la época en que se la considere, se habitúe á ejecutar ciegamente algunos actos cuya razon no la es dado comprender. El principio de la autoridad y de la fuerza, aunque desagradable, es imprescindible en la educacion, si la anarquía no ha de enseñorearse del hogar doméstico. Sin él todo se turba; el espíritu de independencia se apodera de tan tiernos seres, ocupando el lugar de la sumision; y desconociéndose las conveniencias correspondientes á cada edad, el orgullo y la presuncion de la infancia arrebatan sus fueros á la juventud; esta aspira á gozar de las prerogativas que á la edad propecta corresponden, y suplantándose los periodos de la vida, todos tienden á girar en una esfera superior á la suya propia. No es, no, deprimir la dignidad de la infancia y de la juventud el retardar su emancipacion. Dése á cada edad lo suyo, procurando no tratar como hombre al niño,

y las doctrinas liberales ostentarán toda su incuestionable conveniencia en educación.

Si, que la autoridad que se impone: esa dictadura paterna, la mas legítima, la mas necesaria, prudente y ordenada de las dictaduras, ha de ir unida á la autoridad que razona, que demuestra y enseña á obrar razonadamente. Apoderarse de toda la luz intelectual que brille en la infancia y no suponer en esta mas inteligencia que la que realmente posea, usando de ella siempre que sea posible, sin emplear el halago ni la fuerza, sino como auxiliar de aquella, en eso consiste todo el arte de la educación. Así se conseguirá desarrollar la personalidad del ser y acostumbrarle, no solo á obrar bien, sino á conocer el motivo y á que la voluntad le guie; á aceptar el deber, no solo porque sea agradable ú obligatorio, sino simplemente porque es el deber. El sentimiento del bien y del mal que poseemos es el medio para formar la conciencia, y de él ha de apoderarse la razon para proceder, no con arreglo á las conveniencias sociales, algunas veces injustas y asaz volubles, sino conforme á los principios inmutables de justicia.

Y no se olvide que como consecuencia de ese progresivo desarrollo que se observa en la razon del hombre, los principios de accion, los medios de que se eche mano para educarle han de ir variando con las edades. Aquí es aplicable, Señores, la célebre, aunque artificial, teoría política de Montesquieu, quien admitiendo tres únicas formas de gobierno, el despótico, el monárquico y el republicano, los supone fundados y movidos por tres resortes particulares y respectivos, el temor, el honor y la virtud. Mas indudable es que en el gobierno moral

de las almas la infancia obedece al temor y á la ternura, la juventud al honor, y la edad viril á la razon y al deber.

Mas nada hay tan fuerte, nada tan poderoso en la educacion como el ejemplo. Advertencias, consejos, halagos, amenazas, castigos, todo fracasa, todo es insuficiente si no va acompañado, ó mas bien precedido de una conducta ordenada y regular en el que dirige la infancia. Ese instinto secreto de independenciam que en nosotros reside desde nuestros mas tiernos años, nos inclina á resistir las órdenes de los superiores; á desconfiar de la autoridad; y el orgullo nos impide ceder á la ternura: todo lo que directamente se nos exige lo miramos como un sacrificio. Por el contrario, somos tan inclinados á imitar, que indeliberadamente aceptamos y repetimos los actos que vemos ejecutar, llegando á ser en nuestra conducta una copia mas ó menos exacta del original que á la vista hemos tenido. Y cuando en la edad viril podemos juzgar de nuestros actos, en ellos encontramos las tradiciones domésticas: somos lo que fueron nuestros padres. Si les vimos practicar el bien, buenos somos; empezando á obrar por convencimiento lo que hasta allí ejecutamos por costumbre. La imitacion nos conduce á la virtud ó al vicio, segun los ejemplos de la primera edad, y la razon ó las pasiones nos ligan á la una ó al otro para siempre.

¡Desdichados de los padres que no vean que sus debilidades ó su fortaleza serán las debilidades ó la fortaleza, la desventura ó la dicha de sus hijos! ¡Lleva, lleva, padre inconsiderado, al seno del hogar doméstico las peripecias y tribulaciones de una vida relajada y licenciosa, las turbulentas esplosiones de la ira, el artero disimulo de la envidia, la sangrienta

expresion de la venganza ó la repugnante inaccion de la pereza; que acostumbrados á respirar tan hedionda atmósfera, tus hijos arrastrarán una existencia moral bien precaria y lastimosa, inficionando al par con su viciado hálito la sociedad en que vivan!

Mas si quieres llenar tu mision, completa la obra que tu esposa como madre comenzara inspirando y aconsejando á sus hijos : edúcalos por el ejemplo. Procura realzar tu posicion por tu carácter, emplea tu energía en cumplir tus deberes, ajusta tus actos á tus plabras y que estas sean la expresion de nobles sentimientos. Tú eres el encargado de llevar bajo el techo doméstico las generosas influencias de la ciudad haciéndolas extensivas al género humano, y de modificar por virtudes positivas lo que la enseñanza de tu esposa pueda tener de demasiado ideal; de procurar, en fin, á tus hijos aquel *alimento sólido*, que segun San Pablo debe reemplazar á la leche maternal. Sé cerca de la sociedad el defensor de los derechos de la familia, y en esta el representante de los derechos de aquella. Así conseguirás dar en tu hijo á la sociedad un hombre honrado y al país un buen ciudadano. Y se cumplirá la ley de la naturaleza que colocó la moralidad de los pueblos en la familia, así como acertadamente la sociedad ha puesto la instruccion en las escuelas.

Si, que solo en ellas hay instruccion suficiente : al maestro corresponde el desarrollo de la inteligencia ; á los padres el del sentimiento. Para estos el niño es un corazon que ha de formarse ; para aquel una cabeza que es preciso instruir ; su mision se limita á obtener buenos escolares ; solo la de la familia se estiende á formar el hombre. Eduquen los padres, instruyan

los maestros. Armonicense la educacion y la instruccion, y apoderados al fin del secreto para el cultivo del espíritu, los hombres que nos sucedan, fuertes con el verdadero saber, ejercitarán todas las virtudes, y los problemas sociales llegarán á resolverse con arreglo á los eternos principios de justicia.

El remedio del mal que nos aflige está en esa union de las dos educaciones, la pública y la doméstica. Dése, pues, al niño en los centros de enseñanza esa instruccion escolástica tan importante, despiértese su inteligencia, cultívese su memoria; que su corazon está seguro, si al volver del colegio al hogar en la voz de sus padres llega á sus oidos el bien y en el ejemplo á sus ojos la virtud.

¿Y cuál será la instruccion mas conveniente? ¿Una para todas las clases de la sociedad y cualquiera que se suponga el destino ulterior del individuo? ¿Numerosas ó limitadas las materias en que se inicie á la infancia? ¿Formará parte de ella el estudio de la antigüedad griega y latina?

Resueltas están ya la mayor parte de estas cuestiones, y por muy poco entran en el plan que me he propuesto, motivos que me evitan el detenerme en largas consideraciones.

La conveniencia de la unidad en la primera enseñanza se deduce legitimamente de lo necesarios que son al hombre los conocimientos que aquella comprende, cualquiera que fuere su posicion social. Y múltiples habrán de ser; porque es preciso preparar al jóven, dotar al buque de todo lo necesario, para una espedicion que nadie es capaz de prever. Porque ¿quién sabe los mares en que se lanzará, los países que habrá de atravesar, las regiones á que por la suerte será llevado? ¿Quién adivinará

su vocacion, su disposicion natural, ni los obstáculos imprevistos que podrá encontrar en la carrera que emprenda? Ni aun los que le dieron el ser, los que con él y para él viven, saben lo que en el mundo será. Toda la penetracion, toda la autoridad de los padres, son insuficientes para conocer ó determinar el camino ó el fin de la carrera social de sus hijos. Preguntad á un padre ¿qué será con el tiempo vuestro hijo? ¡Solo Dios lo sabe! ¿Qué deseais que sea? hombre de bien lo primero; si es posible instruido, y luego todo lo que quiera, todo lo que pueda ser. Ved, Señores, cómo en esa cándida, al par que evasiva respuesta, brilla todo el amor que atesora, toda la incertidumbre que intranquiliza el corazon paterno. Y en ella teneis tambien manifiesta la causa que motiva esa pluralidad de estudios, que las leyes modernas con sabia prevision comprenden en la primera y aun en la segunda enseñanza.

Se quiere que ese conjunto de estudios constituya como un centro en el cual se encuentren todas las inteligencias, y del que puedan irradiar hácia cualquiera de los estudios especiales, que cual otros tantos puntos de una inmensa circunferencia forman la enseñanza profesional. Y no se tema que la multitud y la diversidad de materias abrume ó confunda tan tiernas inteligencias, si los encargados de instruir á la infancia, comprendiendo su mision, al paso que alimentan la insaciable actividad de esos espíritus nacies, dirigen sus miras, no á dotarlos de estensos, sino de sólidos conocimientos, sin olvidar que el objeto de la instruccion elemental es favorecer y guiar el desarrollo espontáneo de las potencias del espíritu: disponer armónicamente las diferentes partes de ese delicado instrumento, la inteligencia

del niño , sin ahogarla ni falsearla exigiéndola esfuerzos supremos. ¡Suelo virgen que deben preparar con amor, limpiar con esmero y abonar con largueza, sin exigir de él precoces y estemporáneos frutos! No se exija saber estenso y especial á los que frecuenten las escuelas é institutos, á los que aun no cuentan catorce años, porque nos hallaríamos con innumerables decepciones; que no es durante los estudios elementales cuando las especialidades se manifiestan ni pueden desarrollarse de un modo útil. Si se consigue inspirar á un jóven el amor al trabajo, al trabajo sostenido, serio y concienzudo, la costumbre de examinar lo que vea, atender á lo que oiga, reflexionar en lo que haga, de comparar, retener y discurrir; si se alcanza que aprenda á ordenar sus ideas, á esponerlas con claridad, se habrá hecho mas en su pro que abrumando su memoria con palabras, hechos y aun ideas. Téngase presente que un jóven no vale tanto por lo que *sepa*, como por lo que *pueda*: no se confundan los medios con el fin. Procúrese aumentar el poder intrínseco del entendimiento, mejor que adornarle con una riqueza artificial y prestada. Fórmese su gusto, cultívese su entendimiento, depúrese su lenguaje por un comercio cotidiano con los mas levantados genios antiguos y modernos; y las materias y métodos que á ese resultado hayan conducido, esos serán los mejores.

Hé ahí por qué los estudios clásicos, para algunos de utilidad tan problemática, son, á nuestro entender, útiles y aun necesarios; porque satisfacen el voraz espíritu de la infancia y desarrollan sus facultades. No se nos arguya con su inutilidad inmediata para algunas profesiones. Cuando en el trato social

hallamos uno de esos hombres en los que brilla una sólida instrucción, sin darnos tiempo á que nos preguntemos el provecho inmediato que de sus estudios haya obtenido, nos subyuga la cultura de su talento, la rapidez y agudeza de su juicio, la facilidad de su palabra. Y ademas, ¿no alcanzais todo lo que de pequeño y glacial encierra esa pregunta: ¿para qué sirve esto? dirigida á investigar la utilidad material y práctica de ciertos conocimientos? Si: vosotros sentís en el fondo de vuestra alma, en esa afortunada region en que el hombre guarda, cual preciado tesoro, los sentimientos de lo bello y de lo infinito, todo lo letal de tan estrechas miras. ¡Pequeño y raquitico mortal el que en esas espléndidas galas con que la tierra se viste, y en esos faros que brillan en la bóveda celeste, solo vea caprichosos juegos é inútiles atavíos, con los que la Divina Sabiduría se entretuvo en vestir á la creacion! ¡Mezquinas inteligencias las que ignoran que fuera, ó mejor sobre eso que el hombre conoce como útil y necesario, existe lo bello y lo sublime; y que el sentirlo es el mas noble atributo de nuestro ser! Y á realizarlo nos dirigimos en nuestras débiles concepciones, procurando darlas un pálido reflejo de esa belleza que brilla en las divinas obras. Las artes y las letras son la expresion de esas necesidades de un órden superior: la elegancia, la delicadeza, y aun el lujo que ansiamos y de que procuramos rodearnos, son la satisfaccion mas ó menos legítima de ese afecto irresistible que nos arrastra á lo grande y á lo bello. Y es inesplicable, Señores, que en una época y en una civilizacion en las que los esfuerzos de las artes y de la industria apenas alcanzan á satisfacer las exigencias del lujo corpo-

ral, se trate de escatimar al alma sus mas valiosas preseas.

A prestárselos tienden los estudios clásicos; el conocimiento de civilizaciones, países y épocas en las que las letras y las nobles artes alcanzaron su apogeo.

Para proporcionar á la juventud esos y otros preciados saberes ha de poseer el magisterio de primera y segunda enseñanza una rara perfeccion: prudencia, conocimientos, virtudes; y consagrar á tan interesante obra infinitos cuidados y grande abnegacion. Aparte del método que se siga en la enseñanza, lo que interesa es apoderarse de la voluntad del discípulo, y para ello llamarla, escitarla y sostenerla; estimular su curiosidad, mantener la emulacion, allanar las dificultades al alumno para decidirle, en fin, á observar, escuchar y querer. Y que el profesor no olvide que en el noble desempeño de sus funciones representa á los padres de los educandos, consideracion que le impone el deber de emplear toda la benevolencia, toda la ternura que aquellos usan en la direccion de la infancia. Así facilitará el estudio á sus discípulos; y á la vez las fatigas, las penalidades y sacrificios que exige el desempeño de cargo tan delicado se harán soportables y aun gratas.

Y ese mismo afecto, toda la solicitud, toda la actividad, perseverancia y ciencia interpuestas para procurar el bien á la juventud, encarnándose en ella, constituirán los rasgos mas salientes de su espiritu, que noble ostentará pasion por lo verdadero, gusto en lo bello, hábito en la práctica del bien y ordenada actividad para alcanzar la luz que busca cuando ardorosa llega á las puertas de este templo de la ciencia. Así satisfará sus nobles aspiraciones y quedarán cumplidos los ardientes

votos de los que estamos encargados de dirigirla ; porque pasados esos instantes fugaces de la vida espontánea ó primitiva del hombre, en la que este solícito y ciego busca y confusas concibe y siente una verdad, una belleza y un bien, que su razon y sensibilidad nacies no pueden comprender ni gozar, esa juventud tuvo la dicha de que en el primer periodo de la vida reflexiva, en que el hombre se apodera de la nocion de su ser y de la del mundo exterior ; conoce las relaciones que á este le unen, goza con la conciencia de su personalidad y sufre ó se deleita en lo que le rodea, una sabia educacion la enseñase á investigar las verdades contingentes, á juzgar y á gozarse en la contemplacion de lo bello y en la práctica del bien. ¡ Qué mucho, pues, que una juventud así dispuesta ansie aumentar el caudal de las verdades que posee ; apoderarse de la clave que las armoniza ; de los principios generales á que hayan de referir tan múltiples deducciones ; ni que abrigue el noble propósito de encaminar luego sus pasos hácia un fin determinado ?

Motivada estará esa alta aspiracion á saber y á sentir el goce mayor para el hombre, en almas cuya instruccion y moralidad disponen de un modo admirable para comprender los problemas de la mas elevada metafísica, en cuya resolucion encuentra el filósofo el término á sus afanes, y el alma disfruta del reposo y alegría posibles en la tierra porque habita la region de la esperanza, desde la cual descubre con los ojos de la razon y con los del sentimiento un mas allá de esto perecedero y exiguo que la rodea y no la satisface.

Así como fácil y grato le será tambien adquirir otra nocion, la del estrecho lazo que une lo verdadero, lo bello y lo bueno,

como realizaciones de tres ideas absolutas, que se penetran y resuelven en una sola, única y primitiva verdad, raíz de todas las verdades intelectuales, físicas y morales: purísima fuente de do brotan en su vida especulativa; estrella polar que guía; centro inmutable al que convergen en su vida práctica el arte, la ciencia y la religion.

Así los que llevados de un amor puro hácia la belleza ó la verdad, se decidan á emprender el estudio de las letras ó el de las ciencias humanas, fácilmente se asimilarán los tesoros de la literatura clásica, griega y latina, los de la castellana; seguirán los pasos de la humanidad en su variada historia; se elevarán á las altas regiones de la Metafísica; podrán apreciar los progresos de la Geografía, de las Matemáticas, la Física, la Astronomía, la Mineralogía, la Geología, la Paleontología, la Zoología, Botánica, Química y cuantos ramos constituyen el conjunto de los conocimientos humanos.

Y los que dirigidos por una educacion en la cual los elementos moral y religioso hayan dominado, sientan un ardiente deseo de llegar al conocimiento y esplicacion de esa verdad única y eterna, que las comprende todas; de la causa y origen de cuanto su alma percibe, con entusiasmo emprenderán el estudio de esa ciencia, la mas augusta de todas, pues que trata de Dios y de las cosas que pertenecen á su naturaleza y operaciones, siguiendo con afan á la verdad religiosa, reflejada en la piedad y vida ejemplar de los primeros Patriarcas, que Moisés legisló en el Sináí, amplia, clara y dulcemente espuesta por el Redentor; defendida con celo por los Padres de la Iglesia; investigada por la sublime inteligencia del Doctor Angélico, y sostenida con tanto ardor

por innumerables y eminentes varones, robustas columnas de la Iglesia católica.

Otros de no tan altas aspiraciones, apasionados por el principio eterno de justicia y deseando conocer cómo ha de comprenderse y aplicarse en bien de la sociedad, y hasta qué punto brilla en los códigos antiguos y modernos, sin esfuerzo alcanzarán el origen del derecho, lo inmutable del natural, lo variable del humano, los principios que deben presidir á su establecimiento, y el motivo de la ley escrita y el de su sancion penal; llegando así á poseer los medios para el justo aprecio de las leyes de los Licurgo y Solon en Grecia; las de Numa, Adriano, Teodosio y Justiniano en el pueblo Rey; y las de Eurico, Egica, los Alfonsos y demas en nuestra patria.

Aquellos que, seducidos por la grandeza del mundo material, objeto predilecto de sus afanes escolares, y fuente para ellos de verdades seductoras, quieran saber cómo en la mano del hombre la naturaleza se presta dócil al alivio de nuestras dolencias físicas, animosos é inteligentes penetrarán en el severo templo de esas ciencias hermanas, destinadas por el espíritu humano á la guarda del deleznable alcázar en que mora. Y conducidos por la Medicina verán aquel cuerpo, arcano para Hipócrates, por induccion y vagamente conocido por Aristóteles, Herófilo, Erasistrato, Galeno, y Alberto el Grande, patente hoy por los trabajos y en las obras de Bichat, Henle, Gerdy, Breschet, Willis, Kolliker, Dumas, Liebig y tantos otros que fuera enojoso señalar; y la Higiene, Patología, Terapéutica y Toxicología, ilustradas por los Hallé, Rostan, Hoffman, Barthez, Pinel, Bröwm, Broussais, Andral, Chomel, Forget, Orfila,

Briand, Gaultier de Claubry. Y en la ciencia cuyo elogio no es á mí á quien corresponde, apreciarán toda la verdad que hoy ostenta la que identificada con la Medicina en un largo período nació á la vida social en los primeros siglos del cristianismo, débil y caprichosa con sus medicamentos de composición inconstante é indefinida, cual á millares atesoran los escritos de Galeno; brilló en todo su esplendor en la España árabe, bien que aumentando los antiguos errores y ataviándose, merced á la rica y supersticiosa imaginación oriental, con el oropel de los metales nobles; y entró con ardor, mas á ciegas y desvanecida por la ilusoria esperanza de alcanzar un bien inaccesible á los mortales, en la acertada senda, no con mas tino seguida por los Paracelso, Ulsted, Valentino, Libabio y otros entusiastas sectarios de la Farmacia química. Vía gloriosa en la que tantos laureles alcanzaron los Van-Helmon, Lemery, Geoffroy, Margraf, Rouelle y Scheele; y que esclarecida por Lavoisier, Dumas, Berzelius y Liebig, ha sido camino fácil por el que los Pelletier, Caventou, Sertuerner, Derosne, Geiger y Hesse, han hecho de la Farmacia la ciencia de los compuestos definidos.

Y aquella parte de la juventud que sintiéndose sin la necesaria vocación ó espíritu bastante levantado para emprender el estudio de la sagrada Teología, así como tampoco inclinada á seguir las carreras del Derecho, la Medicina ó la Farmacia, se dedique á la adquisición de los conocimientos que se dirigen á facilitar el sustento material y la cómoda existencia de la humanidad, su bien dispuesto espíritu conseguirá penetrarse de toda la perfección que en la actualidad alcanzan la Agricultura, la

Industria y el Comercio. Destinadas estas formas de la actividad humana á facilitarnos la posesion y disfrute de las producciones naturales, los medios para obtener las artificiales y el cambio de las unas y las otras entre los diferentes pueblos, viven íntimamente enlazadas, contribuyendo todas al aumento de la riqueza pública, á la reforma de las costumbres y á estimular la inteligencia empeñándola en la investigacion de la naturaleza. Así llegan á ser eficaz motor del progreso de las ciencias exactas, físicas y naturales, que agradecidas vierten en los campos, los talleres y mercados las primicias de sus adelantamientos, para que la abundancia y calidad de los frutos de la tierra, la delicadeza y perfeccion de los artefactos, y el número y la rapidez de las transacciones, señalen cual exactos barómetros la altura que alcanza la ilustracion de los pueblos. De tal modo aquella agricultura de los Caton, Varron, Columela y Herrera, por los esfuerzos de Th. de Saussure, Wiegmann, Polstorf, Hartring, Bousingault, en Química; de los Arago, Biot, en Física; Mirbel, Brongniart, Raspail, Gaudichaud, D'Candolle, Endlicher, en Botánica; Gasparin, Lefourt, Moll, Puvis, Villeroy, Vilmorin, Yvart y tantos otros, en los diferentes conocimientos que contribuyen al mas acertado cultivo de los campos, es actualmente la sabia Agronomía. Aquellas artes mecánicas, si bien florecientes y perfeccionadas en Memfis y en Tiro, en Atenas y en la antigua Roma, como sus manufacturas lo atestiguan, empíricas y alumbradas por la escasa luz que pudiera prestarlas una química puramente práctica y una mecánica tan reducida cual la de los Architas, Platon, Arquímedes, Aristóteles y Pappus, son hoy las razona-

das industrias hijas principalmente de la ciencia de Peclet, Chevreul, Bastenaire-Dodenart, Dumas; y de la de Prony, Francœur, Poisson y Bucharlat. Y el comercio, complemento indispensable de la agricultura y de la industria, secreto talvez del poderío de Tiro y Alejandría, de Cartago y de Rodas, limitado y difícil en los primeros tiempos históricos, hoy sienta su benéfica planta aun en las mas apartadas y oscuras regiones; y se enseñorea del mundo, caminando en alas del vapor, ora al traves de pobladas y feraces comarcas, ya por los ardientes arenales del desierto, ó sobre las espumosas ondas del Océano; trasmitiendo con la esencia y la celeridad del rayo del uno al otro polo, del viejo al nuevo continente, sus vicisitudes, sus oscilaciones, sus temores y sus esperanzas. Y protegido por legislaciones sabias, producto de los adelantos de la ciencia económica, respetado y acogido por do quiera, satisface las necesidades indefinidas de los pueblos, fomenta su riqueza y contribuye á su civilizacion. Ahora es, Señores, cuando el comercio cumple una de sus mas elevadas misiones: aquella que nuestro profundo Fray Luis de Granada señala así. «La mar tambien por una parte divide las tierras, atravesándose en medio de ellas, y por otro las junta y reduce á amistad y concordia con el trato comun que hay entre ellas. Porque queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una tuviera lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen unas de otras las reconciliase entre sí. Y así la mar puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tantos compradores y vendedo-

res con todas las mercaderías necesarias para el sustento de la vida.»¹

No menos facilidad, goces y provecho encontrará en el estudio el jóven que habituado desde la infancia á tener en actividad el sentimiento estético y á percibir y apreciar, siquiera haya sido empíricamente, la belleza artística; é impulsado por su pasión al mundo de la fantasía, ó sintiendo en sí el germen inquieto y arrebatador de esa fuerza creadora que se llama genio, aspire á cónocer y profesar el arte en alguna de sus manifestaciones. Sin esfuerzo y con legítimo goce aprenderá que esas bellezas que en el mundo real campean y tanto le encantarán, son creaciones cuyo acuerdo con los tipos ideales que de ellas guarda y acaricia la inteligencia, las avalora á nuestros ojos porque la vemos cumplir las leyes del espíritu que piden unidad y variedad armónicas cual síntesis de vida regular en todos los órdenes; y en ese cumplimiento el sello que marca el origen divino de la belleza, secreto de su atractivo. Esos elementos de educación estética y noción filosófica, serán el faro que le guie por la senda del arte, ora facilitándole el conocimiento de las condiciones indispensables al artista y de las de sus obras, ya encontrándole sumiso y espontáneo al yugo de las leyes impuestas al genio para que cumpla su elevada misión de satisfacer una parte de las necesidades afectivas de la humanidad.

Del mismo modo apreciará la marcha seguida por el arte, y cómo ha ido allegándose elementos para su perfección en cada

(¹) Introducción del Símbolo de la Fé, parte 1.^a, cap. VIII.

una de las formas en que se manifiesta, pudiendo percibir los pasos que ha dado el espíritu humano para llegar desde la idea y construcción de la rústica y sencilla cabaña de los tiempos primitivos hasta la atrevida concepción y admirable fábrica de la majestuosa y severa basílica gótico-cristiana de la edad media; del simple símbolo ó del ídolo rígido y mudo de la India y del Egipto, á la majestad fascinadora y paciente resignación que en la imagen del Redentor supo imprimir el inspirado cincel de Benvenuto Cellini; de los geroglíficos coetáneos de Sesostris y los Faraones, á las espirituales y vaporosas virgenes de Murillo; de la simple melodía religiosa ó profana, primer suspiro de las sociedades nacientes, á la rica y majestuosa música de las Siete Palabras de Haydn.

Así, pues, en estas como en las demás series de conocimientos dirigidos á la satisfacción de nuestras necesidades determinadas ó indeterminadas, se observa que la belleza, la verdad y el bien, han llenado de un modo más cumplido su misión de sostenernos física ó moralmente, cuanto más altos han ido presentando los caracteres de unidad y variedad armónicas, acercándose así en sus condiciones á las de lo bello, lo verdadero y lo bueno absolutos, suprema aspiración del hombre.

Figuraos, Señores, cuán fortalecido se hallará el hábito de rendir culto á aquellas tres deidades, cuando el jóven las vea no solo ligadas á tan altos principios, sino instrumentos en cuya perfección estriba la ventura de la humanidad. Al abandonarnos para entrar en la escena del mundo llevará utilísima y provechosa idea de su profesión respectiva, no vacilando en

ejergerla para su bien y el de sus semejantes. Y á la vez que con afan y legítimo orgullo, con alta moralidad girará asi en el círculo de los deberes profesionales como en el de los sociales, ora permanezca pasivo, ya fuere llamado á influir activamente en los destinos de la sociedad; porque no solo contará para ello con el preciado tesoro de su cultivada inteligencia, sino tambien con el indispensable de una bien ordenada voluntad. Pues demasiado sabeis que en vano los principios del deber y la luz de la ilustracion brillan en nuestro entendimiento, si la voluntad, refractaria se niega á marchar por la senda del bien: antójase en tal caso el sabio sin virtud, ó al menos sin honradez, avaro que recóndito guarda su caudal, y cínico y asqueroso exhibe los harapos de la impiedad, la fiereza y el libertinaje; ó si os place mas, opulento é inconsiderado magnate que encauza el raudal de sus riquezas hácia el mar insondable y hediondo del vicio y de la crápula. No lo dudeis; las nobles y generosas inclinaciones, la abnegacion y el desinterés en los que por su ciencia forman esa elevada atmósfera del mundo social, y la ilustracion en las masas, resultado de la educacion doméstica y del incremento dado á la instruccion primaria, son los elementos necesarios para que la dicha y el bienestar dilaten sus dominios.

Libre es el hombre y abiertas tiene las sendas del vicio y de la virtud; si á impulsos de la ignorancia ó de los malos hábitos se lanza en la primera haciendo alarde de la impiedad, el odio, el egoismo y la sensualidad, herido se verá por la ingratitude, el orgullo, la venganza, el aislamiento, la miseria y las enfermedades: es la ley de la reaccion, que al cumplirse le

muestra como un boceto del cuadro de los males futuros: es que en el abuso de sus facultades creyó encontrar la felicidad y empieza á tocar su desventura. Mas si ilustrado y amante del deber entra en la senda del bien, contando para cumplirle con aquel valor que tan necesario es y que así mide Ciceron: «*Nemo enim justus esse potest, qui dolorem, qui exilium, qui egestatem timet, aut quicquid quæ his sunt contraria, equitati anteponeat,*» su firmeza de espíritu, recta conciencia, abnegacion y desinterés, facilitarán el cumplimiento de las leyes morales, brillando todas las virtudes.

La moral y la instruccion han de marchar, pues, unidas y estender sus dominios en un pueblo para que en él imperen: el tierno y amoroso afecto de los padres hácia sus hijos, el acendrado y respetuoso cariño de estos para aquellos, el amor fraternal: ¡dulces lazos de familia que aseguran la paz y la ventura en el hogar!: el amor patrio, mas grande, mas poderoso que el anterior, como síntesis que es del que á nosotros nos profesamos y del que sentimos por la familia y por los amigos, segun sabiamente dijo Bossuet, móvil enérgico é irresistible, origen de los mas heróicos hechos y fuente á la vez de no pocos extravíos, y que reducido al estrecho círculo del país natal, es afecto pequeño en el mundo del sentimiento: el amor á la humanidad, mágico y celestial fluido destinado á recorrer y unir todos los pueblos de la tierra, venero fecundo de infinitos bienes y elemento necesario para que uno de nuestros mas nobles caractéres, la sociabilidad, luzca en su plenitud, y los esfuerzos de todos combinados levanten nuestro ser á la altura en que debe vivir y que no podria alcanzar abandonado

à las fuerzas individuales: y el mas sublime y enérgico de todos, aquel amor hácia un Ser infinito, á que nos sentimos arrastrados desde nuestra infancia, y que con tierna solicitud cultivara una madre cariñosa, para que guiándonos en el mundo haga nuestra felicidad.

Cuando estas y otras leyes morales favorecidas por la educacion se cumplan fácil y ampliamente, la piedad, la justicia, la caridad, la beneficencia, en una palabra, todas las virtudes ocuparán el lugar que las corresponde en la sociedad, y equilibrados así los intereses materiales con los morales terminará ese estado de zozobra, de inquietud, que agita á los pueblos de la Europa moderna, apareciendo la tranquilidad y el bienestar tan necesarios y suspirados por todos los que se interesan en la ventura de la humanidad.

Para alcanzar tan alto fin en cuanto al hombre le es dado conseguirle, el único medio, á nuestro entender, es pensar siempre y sin descanso en la educacion. Negocio arduo y que exige la concurrencia de adunados esfuerzos: de los gobiernos, para fomentar la agricultura y las artes útiles, como fundamento de toda mejora social y para difundir y regularizar la instruccion primaria: de los padres, que tan interesados están en el bien de sus hijos y solo ellos pueden proporcionársele, para desarrollar en su corazon los mas nobles y santos afectos y someter su voluntad al cumplimiento del deber: de los maestros de instruccion primaria, para esculpir con caractéres indelebles en la inteligencia de la infancia, bajo la forma de principios y máximas, las ideas religiosa y moral, y darla la clave para penetrar en el santuario de la ciencia: de los cate-

dráticos de la segunda enseñanza, para conseguir que la juventud conserve y afirme tan salvadoras nociones y costumbres, é iniciarla en los elementos de la ciencia humana; y de los nuestros, por último, para utilizar esa fácil voluntad, recta conciencia y sólidos conocimientos en el estudio especial que emprenda.

Ya lo oyes, animosa juventud : con tu voluntad contamos, seguros de encontrarla propicia ; porque la suave autoridad paterna y prudente libertad que hoy imperan como sistema en la educacion, dejando libre y ordenado juego á tus facultades, dirigiéndolas sin ahogarlas, te han permitido el necesario movimiento dentro del círculo del deber, para que sintiendo tu personalidad y dando expansion á tus afectos, te colocaras á igual distancia de la artera hipocresía que fingiendo sumision se evade, que de la indómita arrogancia que abiertamente se niega. Así vienes franca y noble á secundar nuestros esfuerzos en pro de la ciencia y la moral. La empresa es gigante, digna de pechos hidalgos ; á emprenderla vamos con ardor, y tengo certidumbre de que al terminar tu carrera irás presurosa á emplear tu estensa ciencia en pro de tus semejantes, llevando al par muy alta la enseña de rectitud, de justicia y de moralidad, para que siguiendo tu ejemplo otros la tremolen tambien y llegue á posesionarse de nuestra patria la que es señora del mundo.

Tal es nuestro firme propósito ; si no le realizamos, nos quedará al menos la satisfaccion de haber sentido las dos cosas mas grandes que le es dado al hombre sentir, segun Kant: «el deber en el fondo de nuestros corazones, y el cielo estrellado sobre nuestras cabezas.»

